

EN LOS GUINDOS

Tenia yo diediocho años, y ella
Apenas dieciseis; rubia, rosada,
No es por cierto más fresca la alborada
Ni más viva una fúlgida centella

Un día Adriana bella

Conmigo fué al verjel buscando fruta,
Y así como emprendimos nuestra ruta,
Absorto me fijé por vez primera
Cuan atractiva y cuan hermosa era!

Llevaba un sombrerillo

De paja, festoneado, con adornos
De flores de canela y de tomillo;
Y realzando sus mórbidos contornos,

Un corpiño ajustado,

Saya corta, abultada, de distintas
Labores, hacía el uno y otro lado
Recogida con lazos de albas cintas.
Como nuestro paseo se alargaba,
La ofrecí el brazo. ¡Me arrojé al sentirla
Que en él lánguidamente se apoyaba!
Confuso y sin saber el qué decirla,

